



Lucía Méndez

La última víctima de la maldición de La Moncloa

Tal vez Mariano Rajoy haya fantaseado alguna vez con la idea de ser el primer presidente del Gobierno en abandonar **La Moncloa** suavemente, sin dramas ni aspavientos. Todos sus antecesores dejaron el poder en situaciones dramáticas. La maldición de La Moncloa sigue viva. El hombre previsible ha sido apeado del Gobierno en circunstancias imprevisibles. El presidente contenido en sus emociones se ha visto desbordado por un auténtico melodrama. La Moncloa devora a sus ocupantes y él no ha sido una excepción. Dejó escrito **Leopoldo Calvo-Sotelo** en *Memoria viva de la Transición*, que los presidentes acaban viviendo allí «de su propia grandeza prisioneros» y no encuentran donde poner la mirada que no sea en la gloria efímera de su poder.

Quién sabe si por eso, Rajoy cambió su despacho por un restaurante en los minutos finales de su mandato. Durante ocho horas, despachó con ministros y altos cargos en el reservado de un local madrileño, mientras en el banco azul se sentaba el bolso de su vicepresidenta al que se dirigían los líderes políticos desde la tribuna. No está nada mal para un hombre que hizo del «sentido común» el santo y seña de su liderazgo. El orgulloso gallego que presumía de normalidad se ha ido con anormal estrépito.

Mariano Rajoy, 63 años, tres décadas de experiencia política, ministro de todas las disciplinas, 14 años al frente del PP, ha sido desalojado de La Moncloa después de seis años y medio por una moción de censura. Pasará a la Historia por ser el primer presidente al que le ha sucedido tal cosa.

Rajoy ha sido abatido por la Udef, la UCO, la Fiscalía y los jueces. O sea, por el Estado

Imposible no hay nada. Él siempre lo supo, aunque para bien. Cinco veces sobrevivió en condiciones imposibles. Sus pruebas de supervivencia levantaron en torno a su elevada estatura no ya un relato, sino una auténtica leyenda. Ganaba siempre. Destruía a sus enemigos con el láser del silencio. Le ganaba al tiempo a base de permanecer quieto y en completo silencio. Rajoy se sacudió todos los complejos de un liderazgo contaminado por el dedazo

gracias a su habilidad, inteligencia, ingenio, cortesía, astucia, olfato y esponjosa personalidad. Todo ello combinado con algunas pizcas de perversidad, crueldad y desconfianza. Cualidades necesarias para no perecer en el mar de los sargazos de la política.

Emergió indemne de su primera derrota en 2004, cuando fue cercado por la ira del 11-M a tres días de sus primeras elecciones como candidato. Libró su gran batalla en 2008, cuando se sentó sobre sus atributos en la torre del castillo a esperar que las desorganizadas huestes enemigas de Esperanza Aguirre se cansaran de dar vueltas al foso. La crisis le dio la oportunidad de su vida. Una mayoría absoluta en 2011. Venció en la primavera de 2012 a la prima de riesgo y a los mercados que quisieron obligarle a pedir la intervención de la economía española. Sobrevivió en las urnas del 20-D de 2015 a los SMS de Luis Bárcenas y al estallido de la corrupción del PP a gran escala. En una gesta que él considera histórica, emergió por quinta vez de una muerte política segura en los seis meses de bloqueo que mediaron entre las primeras y las segundas elecciones. A la sexta, sin embargo, ha llegado la vencida. Y es el caso que Mariano Rajoy aún no se explica qué fue lo que falló, dado que aplicó a la moción de censura la fórmula mágica que siempre le había dado resultado. No moverse y no respirar.

Orgullosa representante de la clase alta del funcionariado por oposición, no se percató nunca de que su relación con Luis Bárcenas le perseguiría hasta el cese, por mucho que quisiera borrarla de un plumazo. Tampoco cayó en la cuenta de que en las elecciones del 20-D perdió la mayoría absoluta y, por tanto, su capacidad de hacer lo que le viniera en gana. Asumió una investidura sin acuerdo de legislatura ni acción de Gobierno. No calculó que una mayoría del **Parlamento** tenía la posibilidad de echarle. Era cuestión de tiempo que esto sucediera y ha sucedido esta semana.

Pasará a la Historia como el primero abatido por una moción de censura

La sentencia de Gürtel fue la espoleta. Le costará tiempo asimilarlo, tal vez nunca lo haga, pero quien le ha echado de La Moncloa no ha sido Pedro Sánchez, sino el Estado en sí mismo. Que no es el Gobierno, sino la Guardia Civil, la Udef, la UCO, la **Fiscalía Anticorrupción** y los jueces. Los cuerpos y fuerzas de seguridad y el Poder Judicial se han erigido en látigo justiciero de la corrupción política, llevándose por delante al propio presidente del Gobierno. Sin perdón. Fue una mala idea ir a declarar como testigo en el mismo tono sarcástico y burlón de sus faenas parlamentarias. Las togas no perdonan. Ni siquiera a él. Le dejaron recado en la sentencia que precipitó la moción de censura.

Obsesionado por la economía, abrazó la tecnocracia de forma natural y abandonó la política. Centrado en sobrevivir al día, no vio venir el peligro que anidaba en **Cataluña**. Quién le iba a decir que Cataluña acabaría siendo decisiva para acelerar su decadencia y el agotamiento electoral de su partido.

Mientras que Aznar manejaba el poder como un reto dramático y Zapatero lo hacía con pasión de juego diario, Rajoy ha controlado los resortes del mando con una cierta indiferencia. Comportamiento propio del hombre inexpugnable que es, incluso para sus amigos. Afable, simpático, cortés y chapado a la antigua, su opacidad también es legendaria. Como líder del PP, ha sabido moldear el partido a la medida de su personalidad. Los dirigentes que le arropan están entrenados de forma natural para adaptarse al carácter del líder. Le perdonan todo, le disculpan todo, le entienden aunque no le entiendan, son capaces de comulgar con las ruedas de molino que sea menester. En situaciones límite, como la presente, se cierran en banda para defender el orgullo del líder. Un orgullo altamente desarrollado que le sale de dentro cuando alguien cuestiona su honradez o le pide que dimita por su responsabilidad en la corrupción. Él no cree tener ninguna, porque ni siquiera asume el concepto mismo de «responsabilidad política».

Rajoy ha seguido en su vida política los consejos del poeta y Premio Nobel irlandés **W. B. Yeats**. «Mantener alta la frente y puesta la máscara para enfrentarse con lo imposible y para danzar el borde del abismo protegido por la altivez». Hasta que se ha caído en el abismo.